

Larry Diamond y Marc F. Plattner (comps.), *El resurgimiento global de la democracia*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1996, 341 pp.

SIN DUDA ALGUNA, LA DEMOCRACIA es uno de los temas que, actualmente, ocupan a una gran cantidad de personas en el mundo. Ya sea por un interés vital, profesional o cotidiano, los demócratas luchan por establecer y perfeccionar este régimen que promete diversos beneficios a la humanidad. La democracia incentiva a todas las capas de la sociedad: sus virtudes van desde la defensa de las libertades individuales hasta la consolidación de la paz mundial. En este texto se ofrece “[...] una guía general para comprender las oportunidades y desafíos que enfrentan los defensores de la democracia en todo el mundo” (p. vii).

El libro es una compilación de trabajos que se publicaron inicialmente en el *Journal of Democracy*, revista que nació en enero de 1990 y que es editada por los compiladores de este volumen —ambos, politólogos especialistas en el tema— en colaboración con la Johns Hopkins University. La selección de los autores es acertada, ya que ofrece diversas perspectivas sobre el tema de la democracia: politólogos de diversas zonas del mundo, un presidente (Julio María Sanguinetti), un novelista (Mario Vargas Llosa) y un filósofo (Leszek Kolakowski).

La preocupación acerca de la estabilidad y la duración de la democracia en los países en que se ha instaurado a partir de los setenta (producto de la “tercera ola” según Huntington), los obstáculos que enfrentan algunos países para institucionalizarla y las posibilidades futuras de este tipo de régimen político en un mundo globalizado (ante una posible “tercera ola contraria”), son los temas centrales del libro. La forma de abordarlos, por decirlo de algún modo, es democrática: el texto es una pequeña asamblea donde, mediante el diálogo y la argumentación, se debate sobre ellos.

El libro se divide en cuatro secciones: “El momento democrático”, “Problemas de la institucionalización democrática”, “Corrupción política y democracia”, y “La perspectiva democrática global”. A continuación señalaré los puntos principales de debate dentro de cada sección, aunque también, como se verá, hay importantes contribuciones interseccionales.

En la primera parte, la correlación entre democracia y crecimiento económico lleva a la toma de posiciones. Samuel Huntington defiende la idea de que el desarrollo de la economía de un país y su régimen democrático se engloban mutuamente y señala que la pobreza es el principal obstáculo a la democracia. Marc Plattner refuerza tal punto de vista al hacer explícito que las reformas dirigidas a establecer una economía capitalista de mercado promueven las demandas democráticas, como es el caso de China. Mario Vargas Llosa se suma a esa posición al hacer un llamado a la libre armonía del mercado para liberar a los países de América Latina, aunque también evoca a la cultura para subsanar los efectos que lo anterior ocasiona: un materialismo inhumano y un vacío espiritual. En el lado opuesto se encuentran Philippe Schmitter y Terry Lynn Karl, quienes dicen que

el resultado de la democratización no tiene que ser necesariamente un crecimiento económico, la eficiencia administrativa o los mercados libres, ya que la democracia no consiste en un conjunto único y exclusivo de instituciones y, por lo tanto, las diferentes democracias y sus diversas prácticas producen un conjunto distinto de efectos. Claude Ake apunta el error de la causalidad: desarrollo económico entonces democracia, tomando como ejemplo el caso de los países africanos, en los que la intervención de las instituciones financieras internacionales y sus programas de ajuste han acentuado algunos problemas políticos y sociales. En otras secciones del libro hay autores que también se oponen a esta lógica utilizando estudios de caso para argumentar su postura, como Lezsek Kolakowski con base en Europa del Este, Catharin Dalpino en Tailandia y Richard Joseph en África.

La discusión sobre la "sustancia" de la democracia encuentra, en esta primera sección, un consenso en favor de que la democracia es algo más que los procedimientos. Samuel Huntington lo deja ver cuando afirma que "[...] una cultura profundamente antidemocrática impediría la difusión de las normas democráticas y, por lo tanto, complicaría enormemente, o incluso impediría, el surgimiento y el funcionamiento efectivo de esas instituciones [democráticas]" (p. 12). Philippe Schmitter y Terry Lynn señalan que los procedimientos son una condición necesaria, pero no suficiente, de la democracia, ya que ésta es una constante cooperación y deliberación entre grupos autónomos —la "sociedad civil"— en busca del bien común. Claude Ake refuerza este punto al refutar una serie de mitos en relación con la democracia en África, como el que afirma que la democracia está en contradicción con las tradiciones culturales africanas.

También en esta sección se encuentran otras cuestiones importantes. Philippe Schmitter y Terry Lynn Karl definen la democracia como un "sistema de gobierno en el que los gobernantes son responsables de sus acciones en el terreno público" (p. 38). Mario Vargas Llosa hace una contribución importante: en una cultura de la libertad —como la democrática— se requiere un sentido de la responsabilidad también por parte del individuo-ciudadano. Hay que señalar que este tema tan importante, el papel de los ciudadanos en el fortalecimiento y estabilización de la democracia, recibe muy poca atención en el texto.

En el terreno de las transiciones a la democracia, Alfred Stepan hace aportaciones acerca del papel de los movimientos de oposición en los países en los que hay que restaurar la democracia. Su función principal es la erosión del régimen autoritario y la construcción de otro: la oposición y la proposición. Julio María Sanguinetti, actor principal en la transición democrática uruguaya, dice que en las transiciones a la democracia el factor psicológico es importante. En particular, el control del temor a las represalias de los que abandonan el poder y el control de la impaciencia de los nuevos actores ansiosos de disfrutar de sus libertades y derechos.

La segunda sección del libro comienza con un artículo de Larry Diamond en el que advierte tres paradojas de la democracia: conflicto *vs.* consenso, representatividad *vs.* gobernabilidad y consentimiento *vs.* efectividad. Estas paradojas, dice,

no son insalvables; sin embargo, es necesario enfrentarlas con eficientes instituciones democráticas. Los temas que se debaten en esta sección ayudan a aclarar el problema.

En esta sección el debate gira en torno a dos aspectos clave de ingeniería constitucional para el establecimiento, la institucionalización y la estabilidad de las democracias: el tipo de régimen (parlamentario o presidencial) y el tipo de sistema electoral (por representación proporcional o por mayoría). En el primer foro participan Juan José Linz, Donald Horowitz, Seymour Martin Lipset y Arend Lijphart. Este último también participa en el segundo, junto con Guy Lardeyret y Quentin Quade.

Juan Linz señala que el presidencialismo hace que el proceso político sea rígido, ya que el principio de “el ganador se lo lleva todo” y el periodo presidencial fijo limita tanto la influencia política de los perdedores como su acceso al poder ejecutivo; en consecuencia, apoya al parlamentarismo debido a su flexibilidad y a su capacidad de promover alianzas y coaliciones. Donald Horowitz critica a Linz al decir que sus argumentos suponen *un* tipo de presidencialismo cuando hay una variedad de ellos, como también hay diversos parlamentarismos; por lo tanto, concluye que los argumentos de Linz contra el presidencialismo también pueden aplicarse contra algunos parlamentarismos. Por esta razón, Horowitz lleva la discusión a otro punto: lo que hay que buscar son sistemas electorales que fomenten coaliciones y sistemas gubernamentales que sean incluyentes. Aquí es importante la participación de Lijphart, quien ofrece una combinación de parlamentarismo con representación proporcional como la mejor opción para los países en vías de democratización, pues esta estrategia presenta ventajas cuando se trata de resolver diferencias étnicas, así como en la puesta en vigor de políticas económicas. Sin embargo, Quentin Quade difiere de la opinión de Lijphart al decir que las decisiones sabias no están garantizadas por ningún sistema político y se inclina por las elecciones de mayoría si lo que se desea es que el control popular sea genuino y evitar la fragmentación a la que puede conducir la representación proporcional. Con esto último concuerda Guy Lardeyret al decir que, por favorecer la representación de minorías, la representación proporcional puede ser utilizada por los partidos para polarizar a la sociedad en busca de votos, y esto puede llevar a la desintegración de la sociedad.

Dentro de esta segunda sección también participan Seymour Martin Lipset, Larry Diamond y Jennifer McCoy, Larry Garber y Robert Pastor. Los tres últimos autores señalan la importante función, básicamente legitimadora, que la vigilancia electoral tiene en los países que realizan sus primeras elecciones democráticas. Lipset, en un artículo pequeño, llama la atención sobre el papel de la cultura a propósito de las discusiones sobre la ingeniería constitucional. Destaca por su ausencia en las discusiones mencionadas Giovanni Sartori, que ha hecho aportaciones importantes al tema, en particular sus matices sobre el semipresidencialismo, que aclaran algunos puntos difíciles.

La tercera parte del libro se centra en un problema que plantea peligros particularmente graves a la democracia: la corrupción política. Michael Johnston define la corrupción como “[...] un comportamiento considerado abusivo —según

las normas legales o sociales de una sociedad—, un papel o recurso público usado en beneficio privado” (p. 192). Para controlarla, dice Johnston, hay que construir sistemas de orden público que encarnen un equilibrio duradero entre los valores sociales y las instituciones jurídicas. Catharin Dalpino, con base en el caso de Tailandia, confirma la posición de Johnston al decir que las leyes sin costumbres son en vano; sin embargo, ella se basa en la rendición de cuentas, creación de códigos legislativos y comités de ética, como el medio más efectivo para controlar la corrupción. También propone el fortalecimiento de los gobiernos locales y la participación activa de un “electorado vigilante”. Robert Klitgaard, con un interesante desarrollo, presenta un análisis político y algunas prescripciones para reducir la corrupción bajo el supuesto de que es un problema de incentivos y estructuras. Klitgaard dice que las soluciones al problema deben ir más allá de “expulsar a los maleantes”: es preciso sentar las bases institucionales de lucha contra la corrupción.

Democracia y corrupción son “conceptos estrechamente entretnejidos”, como señala Johnston. Esto se hace evidente en el análisis de Larry Diamond sobre la corrupción en Nigeria: el principal problema del país que hace que “la política se ahogue en el dinero”. Diamond coincide en que la causa de la corrupción no es la cultura política, sino los incentivos estructurales que la promueven. En dicho sentido, las contribuciones que se hacen en esta sección para controlar la corrupción política son de gran interés.

En la cuarta y última sección del libro, sobre la perspectiva global de la democracia, son tres los puntos principales sobre los que se debate: el significado de la caída del bloque socialista; la centralidad de la cultura política y la centralidad del crecimiento económico.

Acerca de lo que significan los sucesos de 1989 para la democracia, se distinguen dos posiciones: los triunfalistas y los moderados. Dentro de los primeros se encuentra Marc Plattner, quien dice que ante el “autodescrédito ideológico del comunismo hoy ya no hay izquierda” y, por lo tanto, la supremacía de la democracia es incuestionable. Giuseppe Di Palma también sostiene esta idea al decir que la democracia ha resurgido como reacción a las “mentiras totalitarias” y que se ha establecido como la única opción viable actualmente. Dentro de los moderados está Ken Jowitt, quien apunta (con base en los peligros que enfrenta la democracia especialmente en los países del Tercer Mundo) que lo que se está dando no es una transición a la democracia, sino una “larga marcha” hacia ella, llena de vicisitudes y obstáculos. Leszek Kolakowski señala que el terrorismo, la sobrepoblación, la miseria, la intolerancia y los nacionalismos son grandes retos que la democracia todavía tiene que enfrentar y vencer. Charles Fairbanks, con base en el caso ruso, señala las dificultades reales que enfrenta ese país en su transición democrática.

En relación con la centralidad de la cultura política para la viabilidad y la estabilidad democráticas, Andrew Nathan dice que entre los principales obstáculos que enfrenta China para la democracia está la cultura política, como se manifestó en la plaza de Tiananmen en 1988. En contraposición, Giuseppe Di Palma argumenta que “[...] no es necesaria la familiaridad con la cultura política, ya que ésta se aprende con la práctica” (p. 264).

Con respecto al papel de la bonanza económica como parte fundamental del cambio y el mantenimiento de la democracia, Richard Joseph explica que para que haya un verdadero renacimiento de la libertad en África es necesario consolidar el crecimiento económico, pues la miseria y la escasez disuelven los intentos de democratización en este continente. Peter Hakim y Abraham Lowenthal apuntan que entre las amenazas más importantes que enfrenta la democracia en América Latina está la recurrencia de las crisis económicas que socavan las instituciones democráticas y provocan la violencia política que carcome a algunos países. Estos argumentos son contrarios a lo que, como se recordará, Plattner y Huntington sostuvieron en la sección primera.

En general me parece que el libro cumple con sus objetivos. Si bien es cierto que hay algunas ausencias importantes, los temas que se debaten en el libro se equilibran debido a los buenos argumentos que se dan tanto a favor como en contra. Creo que debería hacerse hincapié en las precondiciones que se requieren para la institucionalización democrática, principalmente en el papel de la educación y el mínimo de igualdad económica que este tipo de régimen requiere. Otra ausencia importante es el papel del Estado en la creación, el fortalecimiento y la regulación de las instituciones democráticas y en el desempeño económico. Como señala Claude Ake, en el liberalismo de lo que se trata es de limitar al Estado, no de debilitarlo.

La idea que se transmite en el libro es: la democracia, una construcción cotidiana que requiere del esfuerzo de todos los sectores de la sociedad, nos plantea una gran responsabilidad en el sostenimiento de un régimen que ha demostrado sus virtudes, pero que también debe corregir errores y prepararse para los retos futuros.

*Julio Ríos*